



EL CARTÓGRAFO DE LAS ESTRELLAS



Escritor y ensayista aficionado.

“IDENTIDAD LÍQUIDA CON GAS: MANUAL DE CONFUSIÓN CONTEMPORÁNEA”



Antes de zambullirnos, aclaremos algo: este ensayo no es para atacar a nadie (porque eso sería fácil, barato y bastante vulgar), sino para observar –con ojo irónico, lengua afilada y corazón escéptico– cómo una parte del discurso actual sobre identidad ha terminado envuelta en neologismos que parecen salidos de un congreso de marketing emocional.

Puede que el problema lo tenga yo. A mis años ya me cuesta entender los nuevos formatos de identidad. Antes, si alguien decía ‘soy complicado’, uno sabía que hablábamos de traumas infantiles, no de un espectro de etiquetas con siglas que suenan a tecnología experimental. Hoy, podría estar hablando de su género fluido, su sexualidad axesuada o su identidad no binaria con pronombres que parecen claves Wi-Fi.

Y no, no quiero ofender a nadie. De verdad. Solo quiero entender qué demonios está pasando. Porque cuando escucho “soy axesual demisensual arromántico con orientación gris, pero fluido los jueves por la tarde”, lo único que me viene a la cabeza es una hamburguesa sin hamburguesa.

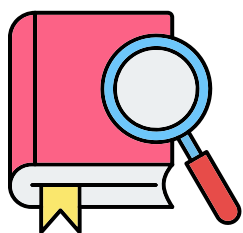
Pan, lechuga... y un concepto.

Quizá sea yo, que me he quedado obsoleto como una guía telefónica, pero no dejo de pensar que muchas de estas nuevas etiquetas suenan menos a identidad personal y más a excusa sofisticada para decir: “Oye, que yo hago lo que me da la gana, donde, cuando, cómo y con quien me da la gana, y tú no eres nadie para preguntarme nada”. Que está bien, ¿eh? Solo que antes bastaba con decir “libre” y ya. No hacía falta montar una taxonomía de Pokémon emocionales.



El género se ha vuelto una mezcla entre horóscopo, test de BuzzFeed y declaración aduanera. Hay opciones para todos, combinaciones imposibles, términos en inglés, y una presión brutal por definirse con precisión quirúrgica... aunque uno no sepa ni qué quiere cenar o que serie ver en la plataforma de turno.

Lo más paradójico: todo esto se hace en nombre de la libertad. Una libertad tan personalizada que ya no une, solo te etiqueta. Y si no sabes cuál es tu etiqueta exacta, pareces sospechoso. Ya no compartimos categorías: compartimos hashtags. Ya no hablamos: nos declaramos. Es como si tuviéramos que adjuntar una ficha técnica con nuestra presentación: “Hola, soy Pedro, identidad fluida de género vaporoso, sexualidad café descafeinado sin espuma con leche vegetal, para servir en frío los domingos y pronombres según la fase lunar. ¿Y tú?”



Yo no digo que no exista complejidad en el alma humana —de hecho, ojalá fuéramos menos básicos— pero hay algo raro cuando necesitamos un glosario para saber con quién estamos hablando. ¿Hemos avanzado hacia la comprensión o nos hemos metido en una rotonda semántica donde nadie sabe salir?

Repito: no es burla. Es desconcierto. Un desconcierto que me nace de ver cómo se multiplican las palabras mientras se reduce la claridad. Y mientras tanto, la gente sigue buscando lo mismo de siempre: que la quieran, que la entiendan, que le den un abrazo sin tener que rellenar un formulario emocional de tres páginas.

Quizá lo que está pasando es exactamente eso: el viejo grito de libertad, reciclado con estética de siglo XXI, aplicaciones móviles y mucha ansiedad flotante. Pero lo que antes se decía con una copa en la mano y

una canción de fondo, ahora se lanza en TikTok con subtítulos inclusivos y música de Lo-Fi espiritual.

Y oye, si eso ayuda a alguien a sentirse menos solo, adelante. Solo que a veces, desde mi perspectiva de dinosaurio emocional, no puedo evitar mirar todo este desfile identitario con una ceja arqueada y un pensamiento recurrente:

¿De verdad hay tantas formas de ser humano o simplemente estamos jugando a complicarlo todo para no tener que hablar de lo básico?

Isaac Orviz García

A handwritten signature in blue ink, reading 'Isaac Orviz García'. The signature is stylized with a large 'I' and a long horizontal stroke at the end.